



**MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
EN OCASION DE LA ENTREGA DE VIVIENDAS
A LOS RESIDENTES DEL BARRIO MAMEYES**

17 DE JUNIO DE 1986

PONCE, PUERTO RICO

La última vez que me dirigí a ustedes en estas cercanías comencé mis palabras diciéndoles:

"Luego de la noche, renace el día, y lo que fue penumbras y valle de sombras de muerte, se convierte en imagen de luz y en prueba de vida".

Hoy, por obra del Padre Celestial, y por obra de aquellos que el Cielo designó para convertir aquella noche de dolor y espanto en amanecer luminoso y en reafirmación de vida, estamos aquí para disfrutar y admirar el milagro del renacer de este nuevo Mameyes.

Cuánta alegría, cuánta satisfacción, cuánto orgullo siente mi corazón en estos momentos cuando puedo entregar estos hogares a los que un día vivieron en su propia carne, y en la sangre y en las lágrimas de sus vecinos, la dolorosa experiencia de quedarse sin pertenencias, sin casa, y sin la hermandad del vecindario amigo y solidario que llenaba la vida de los vecinos de aquel Mameyes.

¡Y aquí está! ¡Aquí está, renacido, Mameyes!
¡Aquí está, resucitado, Mameyes! Y, como la
Resurrección en el Huerto, también este milagro es
obra de Dios.

Es obra de Dios, que escogió las manos de los
hombres y las mujeres de Unidos por Puerto Rico y
las puso a trabajar por El.

Y escogió también el Señor las manos de los
vecinos del Mameyes fallecido aquella madrugada,
y también las puso a trabajar por El.

Y volvió a escoger el Señor las manos de
Josito Dapena, las manos de los jefes de agencias
del gobierno de Puerto Rico, y las manos de los
jefes de agencias del gobierno de los Estados
Unidos, y las manos de FEMA, y las puso a trabajar
por El.

Y escogió, también, las manos de los hombres y mujeres de Ponce, de todo Ponce; y las manos de los sacerdotes y ministros y laicos de todas las iglesias del país, y las puso a trabajar por El.

Y escogió más, el Señor, escogió las manos de todos los niños puertorriqueños, aquí en el país y allá en Estados Unidos, y se juntaron estos niños escolares, de apenas diez o doce años, y formaron un equipo de amor por los prójimos de Mameyes, y el Señor también los puso a trabajar por El.

Por eso, por esa hazaña heroica y hermosa de amor fraternal, de afecto conmovedor, de sacrificio y amor mezclados con lágrimas y sudor, ¡Mameyes resucitó!

Hoy, en nuestro corazón, en nuestra fe, este lugar podría mirarse como aquel Huerto en la falda de aquel Monte en la mañana de aquel Domingo, cuando fueron las mujeres a buscar al que había sido

crucificado y el Hortelano les dijo: "No está aquí. No le busquéis entre los muertos. Porque El vive".

Este es lugar, de recordación y de acción, al mismo tiempo. De recordación del sufrimiento y de acción de la alegría y la felicidad. Este es el Huerto de Mameyes, donde se vive para siempre el testimonio de que, será lugar de vida en hermandad, en solidaridad; es el milagro de ser hogar y no tumba, es el regalo de Dios de ser tierra de esperanza y no cueva de llanto.

Vecinas y vecinos aquel Mameyes fenecido: En estos instantes les entregamos este Mameyes renacido. Les entregamos estos hogares, que son de ustedes. A ustedes pertenecen y, por tanto, ustedes tendrán la responsabilidad de cuidarlos, protegerlos y guardarlos para sus hijos y los hijos de sus hijos.

En ese concreto, hay mucho sudor, mucho sacrificio en las varillas y mucho amor en el trabajo

que hizo posible la construcción. Con todo, será el sudor de ustedes, las manos de ustedes, las lágrimas de ustedes, las oraciones y plegarias de ustedes los que le darán la fortaleza necesaria para hacerlos indestructibles.

Aunque ustedes lo saben, quiero recordarles que hay unos seres muy especiales que dedicaron --y le siguen dedicando-- mucho tiempo de sus vidas para que ustedes tuvieran este nuevo Mameyes que hoy inauguramos. Entre ellos, no me cansaré de mencionar a todos hombres, mujeres y niños de nuestro pueblo que unidos en haz solidario formamos Unidos por Puerto Rico, a los de la Cruz Roja, a los de FEMA, a los empleados de la Vivienda, y también debemos recordar aquellos rostros ahora lejanos de los hombres del Cuerpo de Bomberos de París; y a aquellos médicos, enfermeras y soldados de México que vinieron a rescatar nuestros muertos y a cuidar nuestros heridos. Y aquellos rostros anónimos de los hombres de Mameyes mismo, que escarbaron con sus manos, buscando vida

desesperadamente, hasta que las manos sangrantes no podían ya más.

Estas estructuras que desde hoy serán sus hogares, tienen algo de todos ellos.

Al entregarles las llaves que abrirán sus puertas les decimos: cuídenlas mucho, háganlas casas de amor y hermandad. Al hacerlo, cada casa será un monumento al amor y a la voluntad de un pueblo que quiso que ustedes, los sobrevivientes de la muerte, sean testigos del amor y de la esperanza de la vida, en Dios y con Dios.

En este momento solemne de recordación de nuestros seres queridos ya fallecidos y en este momento solemne de nuestro compromiso de amor con miras al futuro, les invito a que entrelacemos nuestras manos y oremos al Padre Celestial diciendo: Padre nuestro que estás...

Que el Padre Celestial nos bendiga a todos.